



GANAR
SARUNAS
JASIKEVICIUS **NO ES**
SUFICIENTE

MI VIDA, MI BALONCESTO

CON LA COLABORACIÓN DE PIETRO SCIBETTA

LIBROS CÚPULA

**GANAR
SARUNAS
JASIKEVICIUS NO ES
SUFICIENTE
MI VIDA, MI BALONCESTO
CON LA COLABORACIÓN DE PIETRO SCIBETTA**

TRADUCCIÓN DE CARMEN TERNERO

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente bajo el título *Vincere non basta* por add editore en 2015.

© Sarunas Jasikevicius, 2015

Escrito junto a Pietro Scibetta

© de la traducción: Carmen Ternero

© de la fotografía de cubierta: Rodolfo Molina/Euroleague Basketball / Getty Images

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2816-9

Depósito legal: B. 20.169-2020

Impresor: Huertas

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo, por Jordi Bertomeu	9
Introducción	13
El principio de una historia: el baloncesto y yo	17
La nueva Lituania	29
Quarryville, casa	41
El sueño americano: la universidad	53
El año del póster	65
Un jugador de Euroliga	75
Blaugrana, por fin	85
En lo más alto	99
El equipo del país	111
Back to back	127
National Basketball Association	143
Trys Milijonai	159
De nuevo campeones	177
«¿Sigue siendo niña?»	189
My Way	205
Primer entrenador	215
Índice onomástico	223

EL PRINCIPIO DE UNA HISTORIA: EL BALONCESTO Y YO

En 1975, la selección soviética femenina de balonmano ganó la medalla de plata en los campeonatos mundiales que jugó en casa. El oro fue para la Alemania del Este, y, claramente, aquel resultado suponía una motivación fortísima para presentarse al año siguiente a los Juegos Olímpicos de Montreal con ganas de transformar la plata en oro. Dicho de otro modo, ganar. El *leitmotiv* de toda una vida, la mía.

Sería fácil caer en la retórica, pero no es esa mi intención. Lo único que digo es que mi historia no se habría escrito si aquel oro hubiera sido el objetivo de la vida de otra persona. Mi madre, Rita.

Ella era una de las estrellas de aquella selección e iría a los Juegos Olímpicos. Todo el mundo la conocía y la respetaba por su talento. El problema es que si juegas para la selección, y la selección es la de la Unión Soviética, tu talento, en cierto sentido, deja de pertenecerte.

Esto es seguramente lo que pensó la federación cuando mi madre fue a Moscú para el reconocimiento médico y descubrió que la causa de las molestias que estaba teniendo no se debían a una apendicitis, como le habían diagnosticado. Mi madre estaba embarazada. Era un problema, pero no solo porque a ella y a mi padre, Linas Jasikevicius, les habría gustado esperar un poco más antes de formar una familia, sino, sobre todo, porque, qué nari-

ces, ¡estaban las Olimpiadas! Sin embargo, lo bueno y lo malo de la vida es que podemos elegir. Siempre se puede elegir, incluso ante un dolor físico. Podemos gritar o hacer acopio de todas nuestras fuerzas para apretar los dientes, tensar los músculos y limitarnos a gruñir. Triste consuelo, es cierto, pero se trata de elegir nuestro propio modo de ser.

Al fin y al cabo, el planteamiento del problema era sencillo. Mi madre tenía que elegir entre decirle que sí a quien le había pedido expresamente que interrumpiera el embarazo porque se la necesitaba en el equipo o elegir lo desconocido, elegirme a mí, elegir lo imprevisto, comprometer su vida deportiva, por la que siempre había luchado, elegir si poner punto final a un esquema que parecía predeterminado. Y eligió. «Mi hijo me devolverá las Olimpiadas».

Son cosas que se dicen, cosas de madre. Sueños de madre. De una madre que, por mí, renunció para siempre a las Olimpiadas, porque tampoco la llamaron para 1980 —y, encima, en Moscú—, por más que hubiera recuperado plenamente la forma después del embarazo.

Yo no llegaría a saber nada de todo esto durante unos años, claro. Aunque sí sabía que me encantaban sus *koldunai* (una especie de raviolis a la lituana), sabía que para ir al colegio había que coger el autobús por más que el termómetro marcara menos veinte grados en el exterior y sabía que, para mis padres, lo más importante era que pasara el tiempo lejos de los peores elementos de Partizanu Gatve. Vivíamos ahí, en una calle de varios kilómetros en la que se pasaba de una zona muy tranquila de Kaunas a otra que no era tan recomendable. Nosotros estábamos bastante lejos de aquella otra zona, pero para mis padres seguía siendo fundamental que no me metiera en problemas. Mi familia era de clase media, todos lo éramos en el mundo comunista.

Kaunas era mi ciudad y Lituania, mi tierra. Pero esto no cambiaba la realidad de las cosas: Moscú era la capital y la Unión Soviética, mi país. Sinceramente, de niño nunca tuve la sensación de que Lituania pudiera convertirse en un país. La propaganda comunista vehiculizaba la información. Tengo vagos recuerdos de

mi padre diciendo algo sobre la independencia de Lituania, pero lo hizo de un modo nebuloso, casi mordiéndose la lengua. Un día, por ejemplo, comentó que, no hacía mucho tiempo, Lituania había sido un país independiente, y yo me quedé pasmado. No estudiábamos estas cosas y tampoco estaba permitido decirlas. A la gente le daba miedo hablar, casi todos estaban inscritos en el partido comunista y no hacerlo significaba ponerse en una mala situación, porque se corría el riesgo de no encontrar trabajo y quedarse al margen de la vida social a todos los niveles. Imaginaos lo que podíamos saber de lo que pasaba fuera de aquel contexto. No sabíamos nada, aparte de que los americanos eran los malos: no podíamos ver sus películas, si no era a escondidas y solo después de la llegada de los reproductores de vídeo.

Mi primer contacto con el cine americano fue bastante singular. Estaba con mis amigos en una fiesta de cumpleaños y nos pusimos a ver nada menos que *Rocky IV*, esa en la que el soviético es el malo malísimo que habla raro, pega tan fuerte como para matar y luego termina inevitablemente vencido por el americano bueno y de gran corazón. Mientras volvía a casa, pensaba: «Guau, entonces, ¿así es como nos ven?». Esto y poco más era lo que podíamos ver. Nada que llegara de España, Italia o ningún otro sitio.

Mi padre siempre ha sido un fanático de los deportes y a mí aquello me encantaba. Lo seguíamos prácticamente todo y éramos hinchas de nuestras nacionales, de cualquier equipo o atleta que llevara en el pecho las letras *URSS*. Estábamos implicados en primera persona, porque, además, mi madre volvió a jugar con la selección cuando yo era pequeño. Recuerdo que, cuando tenía seis años, mi madre jugó un partido en el viejo complejo del Dinamo de Moscú; se me quedó grabado un gol que marcó saltándose a seis adversarias. El hockey también era muy popular, el fútbol no tanto, pero cuando había competiciones importantes, como las europeas, nos pegábamos al televisor. Moscú era la capital de nuestra «Gran Madre Rusia» y nosotros, como buenos hijos, estábamos de su lado.

Cuando Lituania anunció la independencia, yo tenía catorce años y no entendía nada de lo que estaba pasando. Recuerdo el primer telediario tras la histórica declaración. En un momento dado, el periodista dijo: «Y ahora, las noticias del extranjero: en Moscú...». ¿Moscú? ¿Extranjero? Eso sí que era una noticia. Quiero decir, todos amábamos Lituania, pero siempre habíamos formado parte de algo más grande, mucho más grande, que confluía en Moscú. Aquello parecía surreal. Pasaban cosas que no sabía interpretar, no era más que un niño que no se había preocupado nunca por la política y mucho menos por los cambios sociales que siguieron a la caída del Muro de Berlín; y, para ser sinceros, aunque hubiera querido informarme, la propaganda se habría encargado de ofrecerme noticias parciales y, por lo tanto, poco fiables. A fin de cuentas, aunque me hubiera interesado por estos temas, habría sido igual.

Cuando empecé a jugar, Moscú era también la meta de mis primeros viajes, cada vez que íbamos para un torneo. Sin embargo, el recuerdo más intenso de mi adolescencia en aquella ciudad no tiene nada que ver con el baloncesto. El 31 de enero de 1990 es una fecha histórica: la apertura del primer McDonald's en Rusia. Era una ocasión que no podía dejar escapar. Tenía que ir.

Me daba igual si tenía que esperar o hacer cola con aquel frío. Si estaba dispuesto a aguantar temperaturas polares todas las mañanas para ir al colegio, ¿qué podía detenerme ante la posibilidad de comerme una hamburguesa? Esperaba que el dinero que me había dado mi padre, como todas las veces, fuera suficiente. El cartel brillaba tanto que me daba miedo llegar a la caja, temiendo que aquel capricho me costara una fortuna. ¿Os lo imagináis? Para un chico de Kaunas, comer en un McDonald's, aunque solo fuera una vez, significaba convertirse en un vip. Lo contabas en el colegio y todos los demás hacían un coro a tu alrededor escuchándote con la boca abierta mientras tú estabas allí, pontificando sobre patatas fritas y bocadillos de carne picada. Y bebidas con gas, o, mejor dicho, la bebida con gas: «¿De beber? ¿Sprite o Coca-Cola?». ¿Sprite? «¡Dame Coca-Co-

la!». Fue increíble, ¡el hombre apretó un botón y salió Coca-Cola! ¡Alucinante!

Para mí, lo único importante ha sido siempre jugar al baloncesto, aunque tampoco es que haya tenido muchas más opciones. Empecé con seis años, pero no puedo decir que fuera amor a primera vista. Recuerdo mi primer entrenamiento como si fuera ayer. Todavía tengo ante los ojos el gimnasio, noto el olor y veo los colores como si estuviera allí. También me acuerdo de mi primer entrenador, que un día iba y otro no. Según decían, no era raro que perdiera la cognición del tiempo y el espacio cuando se metía a beber en cualquier parte.

Aquello duró un par de meses, hasta que una noche mi padre me preguntó cómo me iba en el gimnasio. «Pues bien —le dije—, nos pasamos todo el tiempo jugando cinco contra cinco.» «¿Y qué dice el entrenador?», me preguntó. Ya sabéis, ¿no?, como lo preguntan los padres. «Nada. No está.» «¿Cómo que no está?» «No sé, no está.»

Breve resumen de los entrenamientos: jugábamos a un cinco contra cinco o un siete contra cinco o un siete contra siete, nos las apañábamos según la situación. Éramos, fundamentalmente, un grupo de amigos que formaban equipos y se divertían. Aunque lo que mi padre tenía en mente era otra cosa: jugar por diversión no era suficiente, tenía que jugar de verdad. Me sacó de aquel grupo y me llevó a la escuela de baloncesto de Kaunas. Allí fue mejor, hasta el punto de que me quedé once años. A la semana de mi llegada vi aparecer a un larguirucho flaquito. Ya lo conocía, porque entrenaba conmigo o, mejor dicho, pasaba el tiempo conmigo en el otro gimnasio. Por lo visto, su padre había tenido la misma idea que el mío. Se llamaba Zydrunas Ilgauskas. Nos conocimos entonces, de niños, y en aquella época no podíamos ni imaginar cuántas cosas viviríamos juntos, cuántos partidos jugaríamos y dónde; como tampoco podía imaginarme que llegaría un día en el que, para mí, él sería simplemente Bolas. ¿Por qué? Porque nos fascinaba su estructura física, que nos recordaba

mucho al de uno de los personajes de culto de la NBA, Manute Bol. Nos seguimos viendo prácticamente todos los días, en la escuela, en el gimnasio y en otros sitios, los siguientes once años. No, jamás habría pensado que mi amigo llegaría a ganar más de cien millones de dólares jugando en la NBA. Entre otras cosas, porque aquel era un mundo tan lejano del nuestro que no desperdiciábamos ni un minuto en pensar en él.

El baloncesto se había vuelto más serio, por lo menos a mi alrededor, pero yo seguía siendo el mismo Sarunas que quería divertirse. Además, no me estaba quieto, era imposible. No se me daba muy bien el colegio y, por culpa de mi comportamiento, les complicaba la vida a mis padres. Hacía un montón de tonterías, como tirarle de los pelos a las niñas y cosas por el estilo, y las notas que llevaba a casa eran escasamente suficientes para que no me suspendieran. Nunca he sido un estudiante modelo, de esos que se pasan horas y horas delante de los libros, era más bien el niño que estudiaba el día antes del examen para después seguir pasando ampliamente del tema durante unas cuantas semanas más. Lo único que me interesaba era jugar. Aun así, al principio también seguían considerándome alguien a quien «se le da bien pero no se esfuerza», un clásico. No era un soldadito de gimnasio, no hacía más que hacer bromas e intentar esforzarme lo menos posible. El entrenador me decía que si me lo tomaba en serio podía llegar a ser alguien, y yo le decía: «Sí, sí, vale», y luego seguía igual. Todo aquello tenía un precio: una vez mi padre no me dejó ir a jugar a Minsk con el equipo. Para mí era importante, porque ese tipo de viaje no se hacía más que una vez al año. Tenía unas notas desastrosas y él quiso castigarme así. ¿No estudias? Pues olvídate del baloncesto. «Sarunas no va.» Con el entrenador también fue ineludible, y aquel día me quedé en casa mientras el equipo salía para el viaje del año...

Con mi padre no funcionaban los atajos, mientras que yo los buscaba por todos lados, con las tareas del colegio y cuando entrenaba. Siempre buscaba la mejor zona para «acortar» un poco el recorrido cuando teníamos que correr. El pobre entrenador, Mit-

kevicius, se volvía loco. Era un hombre extraordinario, siempre dispuesto a dedicarle todo su tiempo a los chicos, incluso fuera del horario de los entrenamientos. Era mucho más que un entrenador, era un estupendo educador. Muchos de los jugadores que salieron de allí se convirtieron en profesionales, como Tomas Masiulis, que ahora es entrenador del sector juvenil del Zalgiris, después de haber jugado a nivel profesional.

Ilgauskas, Bolas y yo crecimos juntos, y Bolas era sin duda el más fuerte de todos. Era un jugador total, independientemente de su altura. Podía jugar en todas las posiciones, desde base hasta pívot, y pasaba por detrás de la espalda mejor que un escolta o un alero. Por aquel entonces no teníamos posiciones definidas, ni siquiera sabíamos lo que eran, y mucho menos un sistema de juego. En aquellos años se jugaba al baloncesto siempre y en todas partes. Mis padres me animaban a jugar, contentos de ver cómo desfoga-ba mi hiperactividad con el deporte, al tiempo que evitaba las malas compañías de la zona. Jugábamos en el gimnasio y en la calle, usando chatarra como aros. El pasatiempo preferido era el *minus*, una especie de antecesor del torneo HORSE, que hoy vemos en el All-Star Game de la NBA. No era lo más ideal, pero mis padres preferían la chatarra delante de la casa antes que dejarme ir a la pista, donde no habría tardado ni cinco minutos en discutir con quien no debía. Además, entrenábamos mucho, no teníamos ningún día de descanso.

Yo seguía siendo el mismo, al que se le da bien pero no se esfuerza mucho; por ejemplo, nunca habría pensado que pudiera llegar a jugar con la Unión Soviética. ¿Todos los jóvenes sueñan con poder jugar en la selección? Bueno, yo era un caso aparte.

Con lo grande que era la URSS, para hacer un solo equipo había una infinidad de jugadores entre los que elegir. A mí me gustaba el baloncesto, pero no me lo había tomado tan en serio como para pensar que pudiera llegar a estar entre los mejores. Un día estaba animado y al otro no. Una vez, cuando todavía era adolescente, le dije a mi padre que estaba harto y que quería ha-

cer otra cosa. ¿El qué? Jugar al tenis. Sí, lo sé, no tiene nada que ver. Mi padre pensó lo mismo, y no fue muy diplomático: «¿Sabes qué? O juegas al baloncesto o te quedas en casa». Así de sencillo. Fin de la historia.

Pero, en el fondo, sí tenía un sueño, porque siempre he sido un soñador: sabía que si conseguía jugar en el Zalgiris sería el más feliz del mundo. Me encantaba aquel equipo. Lo sabía todo de todos los jugadores, hasta la talla de los zapatos.

En 1986, el Zalgiris se convirtió en el primer y único equipo soviético que había logrado ganar la Copa Intercontinental, en Buenos Aires, contra el Ferro Carril Oeste. Me volví loco de alegría y hasta obligué a mi padre a que me acompañara al aeropuerto para esperar la llegada de los jugadores. Había miles de personas y hacía un frío increíble. De pronto, se oyó por los altavoces: «Está llegando el Zalgiris, vuelo procedente de Jonava». Y todos: «¿Jonava? ¿Y dónde carajo está Jonava?». Nadie quería perderse aquel momento, porque aquellos jugadores eran realmente nuestros héroes. Mi padre conocía a algunos de ellos, por lo que pude conseguir algunas fotos y pósters con autógrafos que, evidentemente, colgué en mi cuarto.

Para mí solo existía el Zalgiris, el resto no contaba casi nada.

Sin embargo, a aquel sueño no le daba la importancia que se merecía cuando me despertaba. Por la noche quería ser un jugador del Zalgiris; de día seguía buscándome mis atajos en los entrenamientos. Mi padre hacía todo lo posible por llevarme a los partidos que se disputaban en el viejo polideportivo en el que también íbamos a ver jugar a mi madre. Soñaba con el Zalgiris porque, en realidad, no había mucho donde elegir. Si crecías en Kaunas, podías jugar con ellos y solo con ellos, suponiendo que fueses lo bastante bueno. Las únicas alternativas eran el ASK Riga o el CSKA Moscú, si hubiera entrado en el Ejército. Ni siquiera se podía desear ir a jugar con el Barcelona o el Real Madrid. Nuestro mundo era aquel, y punto.

Una de mis grandes pasiones juveniles fue la historia. No necesariamente la que nos enseñaban en el colegio, porque, viviendo en

la Unión Soviética, de todo lo que había pasado en el mundo conocíamos solo una versión: la de la propaganda del régimen; pero cuando más adelante tuve la posibilidad de acceder a la otra versión, la del mundo occidental, para mí fue toda una revelación. Me gustaba muchísimo leer sobre los indios de América. A veces mi padre me obligaba a encerrarme en una habitación con los libros del colegio, esperando que así me concentrara y estudiara mejor. Pero, como siempre, yo lo hacía a mi manera. Fingía que estaba estudiando, pero, mientras tanto, tenía sobre las rodillas un libro que hablaba de los nativos americanos. Él me miraba, me veía concentrado y creía que su plan estaba funcionando, pero yo había encontrado mi atajo. Era una pasión que compartía con Ilgauskas. Mientras pudimos, no nos perdimos ni una película de los «pieles rojas». Nos gustaba la nobleza que expresaba su cultura y nos fascinaba la vida salvaje.

Leía sobre ellos porque, aunque también me habría gustado leer de baloncesto, apenas había libros sobre el tema. En cuanto encontraba uno, lo devoraba, y a lo mejor tenía que esperar un par de años para que saliera otro nuevo. Era capaz de leerme un libro de baloncesto de cuatrocientas páginas en dos días.

Mi curiosidad también recibió una pequeña ayuda de la política: con la llegada de la Perestroika, la gente era un poco más libre de viajar. Fui a Alemania con mi padre. Me llevó a Berlín, a visitar museos y ver los lugares sobre los que había leído. Fui a ver el museo del Muro y me impresionó leer y descubrir las historias de las personas que habían intentado huir de la Alemania del Este. Ir a ver los lugares en los que se había escrito la historia, la de verdad, era emocionante.

Me gustaba conocer la evolución de la geografía política. ¿Química y matemáticas? Qué aburrimiento. A mí lo que me gustaba era hacer aquellos viajes históricos, y creo que he heredado esta pasión de mis padres. Aún hoy adoro visitar las grandes ciudades, ver con mis propios ojos los lugares sobre los que he leído u oído hablar. Son cosas que he podido hacer de mayor, cuando no jugaba. Durante la temporada se viaja continuamente,

pero, más que ver ciudades, se visitan aeropuertos, hoteles y polideportivos. De las ciudades logramos entrever algo desde los autobuses que nos llevan de los hoteles a los entrenamientos o a los partidos. Para lo demás, hay que volver...

No había un seguidor del Zalgiris que no adorara a Arvydas Sabonis. Era un fenómeno, un coloso, un superhéroe. Lo que lo hacía único no era solamente su altura, sino también su extraordinaria habilidad técnica. Por eso, era imposible imitarlo. Nosotros lo único que conseguíamos hacer era ponernos de espaldas a la canasta e intentar hacer aquellos pases iluminantes, o locos, según como se viera, cuyos secretos solo conocía él. Intentar replicar lo demás era sencillamente imposible.

El Zalgiris tenía otros potenciales ídolos a mi alcance, físicamente hablando. Creedme, admiraba a Valdemaras Chomicius y a Rimas Kurtinaitis, pero había un problema: ellos eran grandísimos tiradores, mientras que yo sabía desde pequeño que mi verdadera pasión eran los pases. Por eso adoraba a Sabonis, por la forma en que dibujaba con el balón. Podía cerrar los ojos e imaginar que lo hacía tan bien como él cuando mandaba a los compañeros a canasta, pero, desde luego, no podía albergar la esperanza de llegar a los dos metros veinte.

Mi modelo no estaba en el Zalgiris. Mi equipo jugaba contra él. En aquellos últimos años de ciudadanía soviética, había un joven que se había convertido en la pesadilla del Zalgiris y de nuestra selección. Jugaba con el Cibona de Zagreb y la selección yugoslava. No podía olvidar su nombre, y ninguno de nosotros lo olvidará jamás. Se llamaba Drazen Petrovic. Su Cibona era uno de los equipos más difíciles de vencer en Europa, como el Real Madrid o el Milano. Odiaba a Drazen. Era demasiado bueno. No se podía hacer nada para marcarlo, porque no había nada que él no lograra hacer con el balón. Lo odiaba tanto que lo imitaba en los entrenamientos, porque quería ser tan bueno como él. Podía pasarme horas y horas viendo alguno de sus partidos una y otra vez, hasta decenas de veces seguidas.

Mi padre era un ejecutivo del equipo de balonmano de Kaunas y viajaba mucho, sobre todo a Alemania, lo que le proporcionaba una buena ocasión para traerse productos, como vodka y caviar, para revenderlos, y allí utilizaba los marcos alemanes para comprar algo que nosotros no tuviéramos. Además, los marcos tenía que gastárselos, ya que eran poquísimos los que los aceptaban en Kaunas, y siempre a escondidas.

Una vez se trajo un reproductor de vídeo, con el que pude grabar un All-Star Game de la NBA. Creo que es el partido que he visto más veces en toda mi vida. Jordan, Drexler, Bird, Magic, Robinson... Lo vi una y otra vez durante dos años, y no estoy exagerando, lo habré visto más de cincuenta veces, seguro. También empecé a grabar los partidos del Zalgiris y, por supuesto, los de Petrovic cada vez que se presentaba la oportunidad. Seguía odiándolo, que quede claro. Madre mía, cuánto lo odiaba. Lo odiaba porque amaba al Zalgiris, y él nos machacaba siempre.

Con aquel vídeo me di cuenta de lo que realmente me gustaba. Descubrí la esencia del pase sin mirar gracias a Magic Johnson. Para mí, la NBA era él, más que Michael Jordan. Su altruismo e imaginación me habían hechizado. Por el mismo motivo me había obsesionado con Petrovic: me volvían loco sus acrobacias con el balón y sus pases entre las piernas. Los jugadores como ellos eran de otro planeta, estaban a un nivel que yo no podía sino admirar. Para mí el baloncesto era mucho menos complicado; con mi equipo jugaba de una forma mucho más simple. Más adelante, el entrenador me pidió que hiciera algo que me extrañó: «Ahora tú vas allí botando y yo te mando a uno para que bloquee a tu adversario». Así conseguí hacer seis o siete asistencias consecutivas. Acababa de aprender las bases del *pick and roll*, que tal vez sea la jugada que más he utilizado en mi carrera, pero todavía no tenía claro de qué se trataba. Entonces ni siquiera existían las estadísticas, o casi. ¿Asistencia? ¿Qué era una asistencia? Solo había pases, y punto. Estábamos totalmente aislados del mundo incluso en esto. Me acuerdo de lo que disfrutaba al mandar a canasta a mis compañeros. Llegó un momento en el que perdí varios tiros

seguidos porque me negaba a tirar. Quería pasar el balón, quería crear algo, hacer que algo ocurriera.

Y todo esto sin saber lo que era un base, un *pick and roll* o una asistencia. No sabía nada, solo que quería pasar el balón a toda costa y aprender a hacerlo como Drazen, que se había convertido en el modelo que buscaba. En Europa había grandísimos campeones que habría podido elegir en su lugar, gente que siempre sabía lo que tenía que hacer con el balón en la mano. Hombres como Mike D'Antoni y Juan Antonio Corbalán eran buenos, tal vez demasiado. Siempre hacían lo que había que hacer, pero no sentía la misma emoción con su juego. Me aburrían. Ver a Magic y a Drazen era completamente distinto.